

Edvan Córdoba

“La vulnerabilidad no es lo opuesto a la acción”. Conversación con Judith Butler sobre violencia de Estado y resistencia

Edvan Córdoba: Dra. Butler, usted es reconocida internacionalmente, entre muchas cosas, por su producción teórica y su activismo político en torno de la violencia de Estado. En uno de sus últimos libros usted realiza una crítica al sionismo como forma de gobierno en Israel retomando toda una tradición judaica que teoriza acerca de la violencia de Estado y que abarca a autores como Walter Benjamin y Hannah Arendt. ¿Por qué cree que es importante diferenciar entre sionismo y judaísmo?

Judith Butler: Antes que todo, pienso que es importante recordar que el sionismo es un movimiento político que se inicia oficialmente a finales de 1890 en Europa, con la visión de una tierra natal para el pueblo judío en territorios palestinos. Todo esto sonaba como una hermosa visión y mucha gente fue inspirada por ella, especialmente porque existía mucho antisemitismo en Europa. Y como todos sabemos, durante el siglo XX, el antisemitismo se tornó cada vez peor hasta culminar en el genocidio nazi contra los judíos. Pero aun en ese momento, en 1895, no se reconoció el hecho de que ya había pueblos habitando esas tierras. Theodor Herzl se refirió a Palestina como “una tierra sin pueblo” y al pueblo judío como “un pueblo sin tierra”.

Entre 1930 y 1940, conforme fueron llegando cada vez más judíos de Europa a Palestina, estos tuvieron que enfrentarse al hecho innegable de que ya había palestinos viviendo desde hacía mucho en esas tierras y que tenían derechos de propiedad sobre aquellas. Se dieron muchísimos conflictos. Hubo entonces una pregunta importante que muchos judíos inmigrantes tuvieron que

responderse en los años 40, a saber: si era preferible construir un Estado basado en el principio de soberanía judía —donde los judíos decidirían qué tipo de Estado querían y si serían representados por ese Estado—, o si era mejor desarrollar un Estado binacional —en el que se incluiría al pueblo judío y al pueblo palestino que ya habitaba esas tierras. Creo que la decisión que tomaron fue incorrecta: en 1948 decidieron establecer un Estado basado en el principio de la soberanía judía, en lugar de construir un Estado binacional en el cual judíos y no judíos pudieran disfrutar de igualdad de derechos. En mi opinión, ese fue el comienzo de una democracia fallida que continuó con la expulsión de entre 700 y 800 mil palestinos de sus hogares.

Ahora bien, el sionismo es parte del judaísmo, pero el judaísmo es, por supuesto, una religión que excede al sionismo y que tiene muchos valores éticos y religiosos importantes. Uno de ellos es respetar la santidad de la vida. Otro es tratar al vecino con hospitalidad. Y uno más de esos valores consiste en aprender a cohabitar con judíos y no judíos en la tierra. Muchos de ellos son fuertes valores judíos y podemos encontrarlos tanto en textos filosóficos como religiosos. Mi esfuerzo ha estado orientado a recuperar toda una tradición filosófica y ética judía que se distingue del sionismo, que clama por la igualdad, por el cuidado de la vida y que se responsabiliza por los derechos de todas las personas refugiadas.

Edvan Córdoba: Usted es reconocida también por su compromiso con las políticas LGBT y los derechos humanos. En este sentido, quisiera preguntarle su opinión acerca del hecho de que

Israel sea uno de los primeros ejércitos en el mundo en incluir personas gays, lesbianas y *trans* en su ejército. ¿No cree que el precio que pagamos las minorías sexuales por incluirnos dentro de las instituciones sin cuestionarlas es muy alto? ¿Qué piensa sobre conceptos como *homonacionalismo* y *pinkwashing* y sobre las estrategias que usan Estados como el de Israel para lavar su imagen y presentarse como progresistas y defensores de los derechos humanos?

Judith Butler: Es una buena pregunta y un dilema difícil, porque Israel tiene un muy buen registro en lo que refiere a derechos humanos de gays, lesbianas y personas *trans*. También permite la homoparentalidad y ofrece tecnologías reproductivas de fácil acceso a las lesbianas. Los eventos del orgullo gay en Tel Aviv son internacionalmente reconocidos por ser divertidos y extravagantes. Y no puedo condenar nada de eso, pues estoy en favor de esos derechos: creo que se trata de derechos realmente importantes.

Dicho eso, debemos recordar dos importantes hechos políticos. Primero, hay que decir que existe violencia contra las personas gays, lesbianas y *trans* perpetrada por la derecha en Israel. Es decir, existe una violencia interna en Israel en contra de estas poblaciones. No todo en Israel es una maravilla en lo que respecta a los derechos de las personas gays, lesbianas, *trans*, bisexuales e intersex. En segundo lugar, creo que debemos preguntarnos cómo toda la publicidad de Israel –publicidad que lo presenta como un paraíso seguro para las personas gays– es usada para establecer un registro muy parcial y cuestionable en torno de los derechos humanos. Es desafortunado que exista la posibilidad para cualquier Estado de tener un excelente registro en ciertas áreas de derechos humanos y uno absolutamente terrible en otras. Entonces, cuando el Estado de Israel hace campaña y produce esta maquinaria publicitaria dirigida a construir o presentar Israel como un paraíso de los derechos humanos, ello contrasta con el hecho de que miles de palestinos siguen detenidos por periodos indefinidos en cárceles donde no tienen representación legal alguna y donde, si logran salir, son reencarcelados en solo semanas. También contrasta con las muertes de civiles en Gaza, muertes que constituyen crímenes de guerra. Esa maquinaria publicitaria

también desvía la atención del terrible registro en materia de derechos humanos que Israel posee en lo tocante a la negación del derecho a la movilidad humana a quienes viven en Cisjordania, o en lo que respecta a la forma en que se niega el derecho a la libertad de expresión a quienes realizan críticas políticas al Estado, o a quienes claman por la solución de dos Estados, o incluso, a quienes claman por una alternativa democrática radical al sionismo político.

Por eso, muchas veces para el Estado de Israel incluso quienes claman por igualdad son considerados potenciales terroristas. En Israel hay severas restricciones a derechos humanos fundamentales como la circulación, la asociación y la libertad de expresión. El Complejo Industrial de Prisiones es terrible y no opera bajo las normas internacionales. Los crímenes de guerra cometidos en Gaza, cuyo objetivo explícito son civiles, son también inaceptables desde cualquier punto de vista según el Derecho Internacional. Entonces, para analizar esto debemos mirar todo el panorama. Esa es mi postura.

Edvan Córdoba: En Costa Rica hay un fuerte movimiento conservador y religioso que tiene mucho poder institucional y que tiene asiento en la estructura del Estado. Este movimiento se opone a cualquier forma de reconocimiento en términos de derechos laborales para las personas que ejercen trabajo sexual. Lamentablemente, muchas veces su posicionamiento encuentra eco en un feminismo oficial de corte abolicionista que ve en la prostitución y cualquier otra forma de trabajo sexual una forma de esclavitud. ¿Cuál es su posición con respecto a este viejo dilema del feminismo respecto del trabajo sexual?

Judith Butler: Pertenezco a esa otra parte de la historia del movimiento feminista que considera que el trabajo sexual es trabajo y que debe, por lo tanto, ser reconocido como tal. En otras palabras, considero que quienes ejercen el trabajo sexual deben tener garantizadas condiciones de seguridad: deben tener la posibilidad de ejercer su trabajo sólo bajo condiciones de consenso, deben poseer acceso garantizado a la seguridad social y a la salud y, por supuesto, deben poder retirarse con una buena pensión y con todos los beneficios que ello involucra.

Por otro lado, estoy en contra del tráfico humano y de la coerción, pero no acepto la idea de que todo trabajo sexual es coercitivo. Eso me parece falso. Creo que ese punto de vista subestima la capacidad de agencia de las mujeres. El trabajo sexual es sólo otro tipo de trabajo, algunas veces temporal, otras a largo plazo. En ocasiones la gente viene y va respecto de él. Conozco trabajadoras sexuales cuyo trabajo es más placentero y muchísimo mejor que el de las personas que están atrapadas todo el día en una oficina. Creo que lo que necesitamos es mejorar las condiciones en que se desempeña el trabajo sexual.

Es claro que debemos oponernos al tráfico humano, la coerción y la explotación, incluso dentro de la industria del sexo, pero sin identificar el trabajo sexual como trata, coerción o esclavitud. En general, creo que debemos tener bastante cuidado acerca de estas distinciones.

Edvan Córdoba: Usted se ha preguntado en su obra –en varios de sus libros– qué es la vida, quién cuenta como valioso y quién no. También ha hablado, ampliamente, sobre la precariedad, sobre qué constituye lo humano y lo no humano. ¿Qué opinión tiene acerca de la dicotomía humanidad-animidad? Y dentro de esta línea: ¿consideraría el vegetarianismo una propuesta ética no violenta?

Judith Butler: Tomemos el ejemplo de la guerra. En la guerra, ciertas poblaciones y áreas son reducidas a objetivos. ¿Qué se afecta con el bombardeo de ciertas áreas? ¿Qué se afecta por atacar ciertas áreas? Se afecta, ciertamente a los humanos, pero también a los animales y al ambiente. Por ejemplo, los Estados Unidos han producido contaminación del suelo en Irak, lo que significa que todas las criaturas sufren por vivir con agua contaminada y sobre un suelo tóxico. Creo que la noción “vidas precarias” puede aplicarse a todos los procesos vitales de seres sentientes y ecosistemas que viven bajo la contaminación, la guerra o el sistemático abandono de las áreas dedicadas a la agricultura. Los procesos vitales sufren y deben recibir apoyo con el fin de continuar, lo que significa que el ambiente natural debe ser protegido. Criaturas humanas y animales deben tener acceso a comida y resguardo.

Creo que la noción “vida precaria” no es una noción antropocéntrica, pero sí que afecta a

los humanos de manera distinta. En tal sentido, deberíamos poder hablar de las formas en que las poblaciones humanas son afectadas por condiciones precarias, especialmente cuando estas son producidas por el sistema económico (esto es, en un contexto en el que de forma sistemática cada vez más seres humanos son más pobres y otros seres humanos cada vez más ricos). ¿Cómo entender esos procesos acelerados de desigualdad? Quisiera que pudiéramos pensar sobre eso, al tiempo que reconocemos que las vidas humanas y animales están conectadas.

En cuanto a la segunda pregunta que usted plantea en torno de una ética de no violencia, creo que es importante considerar los medios y significados institucionalizados por medio de los cuales, tanto animales como humanos, están modulados por la violencia. No creo que podamos separar esas cuestiones.

Edvan Córdoba: En su pensamiento teórico-político encuentro un interés permanente en torno del asunto de cómo encontrar nuevas formas políticas dentro de la izquierda. ¿Se sigue considerando usted una pensadora política y activista de izquierda? ¿Qué diagnóstico hace en relación con las políticas de austeridad y neoliberalismo actuales en las que la desposesión y la violencia se establecen como mecanismos institucionalizados?

Judith Butler: Esta es otra muy buena pregunta. Me gustaría tener todas las respuestas para preguntas como esas. Creo que estamos en un momento interesante para lo que podemos llamar “la izquierda”, porque hay movimientos populares que se están moviendo dentro de los gobiernos, como podemos ver en Grecia con SYRIZA, o en España con PODEMOS. Y probablemente existan otros que están en esa misma posición. Por supuesto, esto nos lleva a formularnos una serie de preguntas. ¿Qué se pierde cuando movimientos populares y sociales de izquierda se convierten en parte del aparato de Estado? ¿Qué ganamos en términos de poder e influencia? Creo que actualmente vemos debates, en la llamada “izquierda”, acerca de si deberíamos o no del todo formar parte de la política del Estado, o acerca de si en realidad no es el Estado, y en particular la violencia de Estado, parte central de nuestros problemas. Como usted sabe, hay una izquierda

anarquista para la cual es más importante oponerse al Estado y a la violencia de Estado, que convertirse en un partido o formular un programa con políticas dirigidas hacia el Estado. Y hay otras voces que dicen que eso es ingenuo y que hay que intervenir en las políticas estatales con el fin de luchar por una mayor justicia económica y alcanzar mayores niveles de democratización. Tomo este antagonismo como un elemento constitutivo en los debates de la izquierda política contemporánea. No creo que se trate de un antagonismo que se reconcilie rápidamente; es más, no estoy segura de que deba reconciliarse. Quizá necesitemos ese antagonismo para mantenernos con vida y para poder recordar que, quien sea que esté en el poder o quien fuere que resulte electo, debe responder a la voluntad popular. Y esos movimientos populares necesitan mantenerse siempre con vida para estar monitoreando el poder del Estado. Creo que se trata de un antagonismo muy importante.

Edvan Córdoba: En su disertación de ayer acá, en la Universidad de Costa Rica, usted hablaba de la necesidad de salirse de una concepción de sexualidad centrada y constreñida por lo reproductivo. Costa Rica es uno de los pocos países del mundo que no tiene un marco jurídico que reconozca la técnica de reproducción asistida. Me refiero, en particular, a la Fertilización in Vitro (FIV). Sin embargo, cuando uno se acerca a los sectores progresistas –que claman por este derecho, por el acceso y la garantización de este derecho– se encuentra con argumentos conservadores ligados a los roles de maternidad y paternidad. ¿Cómo repensar el parentesco en este contexto?

Judith Butler: Es evidente que existe un problema local, presumo. Seguramente existen razones tradicionales y religiosas por las cuales alguna gente en Costa Rica se opondría a la Fertilización in Vitro. Si alguien argumenta localmente en favor de la Fertilización in Vitro, imagino que dará ese debate tomando en cuenta las preocupaciones de sus interlocutores. Por ello, no me gustaría ser la norteamericana del primer mundo que viene y dice cómo deberían pensarse ciertos temas, porque pienso que estas batallas políticas funcionan, hasta cierto punto, en el nivel local, aunque

por supuesto también se benefician del debate internacional y de los consensos globales.

En la mayoría de lugares que conozco los debates se han centrado en formular el problema de qué es una vida, cuándo se inicia la vida y cuál es la viabilidad de la vida. Y muy a menudo, los debates sobre el aborto suelen estar ligados a los de Fertilización in Vitro. No sé si entiendo la argumentación por completo, pero la Fertilización in Vitro envuelve la fertilización de ciertos ovocitos en lugar de otros, lo cual ocurre también en lo que usualmente se denomina coito natural heterosexual, puesto que también allí algunos ovocitos son fertilizados en lugar de otros. Es decir, no hay reproducción fuera del principio de la selectividad. No quisiera desestimar ese debate, pero creo que se trata de un debate desafortunado.

Mi presunción es que la FIV asusta a ciertas personas porque le quita centralidad al varón en el acto heterosexual de la reproducción, e incluso al acto de la reproducción en cuanto tal, además de que expande la capacidad de decidir de las mujeres, lo que creo que es un importante elemento por tener en cuenta.

Edvan Córdoba: En días recientes usted estuvo en la Universidad Nacional Autónoma de México y se refirió a la desposesión forzada y a la violencia institucionalizada. En un diálogo reciente con una teórica e intelectual griega también se refirió a las posibilidades del reconocimiento del sujeto en contextos de desposesión. ¿Cómo pensar este vínculo entre agencia y desposesión, entre resistencia y desposesión forzada?

Judith Butler: En el contexto de esa conferencia en particular, estaba intentando llamar la atención sobre el hecho de que mucha gente que está en una posición de excesiva vulnerabilidad o en una posición de excesiva precariedad encuentra, aun así, formas de movilizarse que la mayoría de veces se encuentran fuera del Estado o de los mecanismos institucionalizados.

Uno de los problemas del modo en que se suele discutir en torno de la vulnerabilidad es que se tiende a catalogar a poblaciones enteras como vulnerables. Cuando una población vulnerable es identificada de esta forma dentro del discurso de los derechos humanos, usualmente implica que existe una obligación paternalista por parte de

las autoridades, sea el Estado o las autoridades internacionales, de proteger a esas poblaciones, hasta el punto de reducir esquemáticamente toda la cuestión a la idea de que, por un lado, existen poblaciones vulnerables y, por otro, entidades con el poder de protegerlas. Lo que se pierde de vista dentro de esta visión es que los vulnerables también tienen su propio poder. Algunas veces se trata de un poder limitado; otras veces no.

Cuando vemos lo que sucede con las poblaciones sometidas a precariedad, por ejemplo en las manifestaciones en Chile, donde los estudiantes toman las calles para exigir su derecho a una educación gratuita, o en Inglaterra y Roma, o en un sinnúmero de lugares, donde la desposesión económica es la norma, es notorio que dichas protestas involucran a quienes han sido afectados, a quienes son vulnerables y sufren pero aun así tienen la capacidad de juntarse, reunirse y también de resistir. Entonces, no es que dejan a un lado su vulnerabilidad para resistir. Son vulnerables y, al mismo tiempo, están resistiendo.

En México es muy claro: los estudiantes de Ayotzinapa se encontraban en una situación

de extrema vulnerabilidad cuando se reunieron: sabían que eran vulnerables (aunque no sabían que morirían). Es evidente que existe miedo de juntarse y protestar en la región de Guerrero. Todo el mundo lo sabe. Y existe miedo de juntarse y protestar en la Ciudad de México también. Estamos hablando de estados de exposición al poder de la policía, de subjetividades expuestas a la violencia. Pero la pregunta es cómo es que la gente que sabe que está en una posición de vulnerabilidad y exposición a la violencia sigue resistiendo. Mi argumento es que es importante dejar en claro que los vulnerables pueden resistir. Uno de los efectos más problemáticos de estar en situación de extrema pobreza o de radical desposesión es precisamente la pérdida de la esperanza en la propia capacidad de actuar. Por ello creo que es sumamente importante recordarnos y recordarles a otros que la vulnerabilidad no es lo opuesto a la acción, que esta puede desembarcar en acción o en formas de resistencia. Y esto sucede cuando las reuniones comienzan a hacerse más extensas y concurridas y cuando las redes de solidaridad comienzan a extenderse.

